

SI LOS DELFINES MUEREN DE AMORES...:
DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA
A LOS BOTOS SEDUCTORES
DEL AMAZONAS

Durante los siglos XVI y XVII debió estar muy difundida en España una estrofilla lírica que fue reiteradamente identificada como “endecha de Canarias” y que conocemos gracias, fundamentalmente, a tres fuentes documentales distintas: el *Libro de musica para vihuela, intitulado Orphenica lyra* (1554) del músico Miguel de Fuenllana, el llamado *Cancionero toledano* compilado por manos anónimas en la segunda mitad del XVI, y los *Madrigales [Odarum (quas vulgo madrigales appellamus) diuersis linguis decatatarum Harmonica...]* (1561) de Alberch Vila. La versión que la profesora Margit Frenk ha considerado más representativa de la tradición de esta canción es la siguiente:

Si los delfines mueren de amores,
triste de mí, ¡qué harán los hombres,
que tienen tiernos los coraçones!¹

Sabemos que esta estrofilla lírica debió ser tan popular en la España de la época de Felipe II que el italiano Leonardo Torriani la tradujo de este modo al italiano:

¹ Véase MARGIT FRENK, *Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, Madrid, Castalia, 1987, núm. 810B.

Se gli delfini moren d'amore,
ahi lassa, che faremo noi,
che più di loro habbiam dolce il core².

Que esta cancioncilla referida a delfines enamorados debió alcanzar una intensa difusión en los Siglos de Oro lo prueba, además, el que fuese parodiada por diversos ingenios de la época, como Juan de Timoneda y, después de él, Julián Íñiguez de Medrano y Gonzalo Correas. En efecto, en su colección de cuentos *El sobremesa y alivio de caminantes* (1563), incluyó Timoneda el siguiente chiste, sin duda tradicional en su tiempo:

Hubo un galán gran componedor de versos y epitafios para sepulturas, que en otro no se ocupaba ni tenía gracia. Éste servía una dama, y, corriendo su caballo delante de ella, cayó súbitamente el caballo en tierra, y murió. La dama, por burlarse, díjole:

—Señor, veamos qué epitafio le pornéis en su sepultura por haberse muerto delante de mí.

Dijo:

—Señora, éste:

Si los rocines
se mueren de amores,
¡ay, triste de mí!,
¿qué harán los hombres?³

² Véase al respecto, además del comentario de FRENK, en *Corpus*, núm. 810B, el de JOSÉ PÉREZ VIDAL, *Endechas populares en trístrosfos monorrimos. Siglos XV-XVI*. La Laguna, Universidad de La Laguna, 1952, p. 44.

³ JOAN TIMONEDA-JOAN ARAGONÉS, *Buen aviso y portacuentos. El sobremesa y alivio de caminantes. Cuentos*, ed. de M^a Pilar Cuartero y Maxime Chevalier, Madrid, Espasa Calpe, 1990, núm. 61 de *El sobremesa y alivio de caminantes*, p. 240. El mismo chiste fue reelaborado o aludido por JULIÁN ÍÑIGUEZ DE MEDRANO en *La silva curiosa*, París, 1608, p. 71, y por GONZALO CORREAS (que lo tomó de Íñiguez de Medrano), en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Burdeos, Universidad de Burdeos, 1967, p. 279.

El mismo Lope de Vega, en el acto primero de su comedia *Amar, servir y esperar*, volvía a parodiar el mismo chiste del siguiente modo:

VENTERO: Tenía un rocín, y ayer
se me murió sin remedio
de haber llevado a Granada
diez arrobas de procesos.

ANDRÉS: ¿Todas de un pleito?

VENTERO: ¿Y es mucho?
¿No sabéis que en treinta pliegos
son los veinte peticiones?

ANDRÉS: ¡Que muera un rocín de pleitos!
¿Qué harán los hombres?⁴

El tópico de las inclinaciones amorosas de los delfines —modelo ortodoxo del chiste de los rocines— debió ser bien conocido en aquellos años. Juan Rufo, en *Las seiscientas apotegmas* (1595), incluía otro chiste, referido éste a los delfines y no a los rocines, que así lo indicaba:

Acabando de cantar, tañer y bailar una moza que, sobre tener buen parecer, lo hacía con gracia estremada, como estuviere delante un su aficionado, aunque desfavorecido, y la dama, que se llamaba fulana de San Matías, le preguntase “qué le parecían ella y el enternecido galán”, respondió:

Vos, Matías; y él, Macías;
vos, sirena; y él, delfín;
y vos, en fin, serafín,
que será fin de sus días⁵.

⁴ LOPE DE VEGA, *Amar, servir y esperar*, ed. de E. Cotarelo y Mori, Madrid, Real Academia Española, 1917, III, pp. 214-245, p. 220.

⁵ JUAN RUFO, *Las seiscientas apotegmas y otras obras en verso*, ed. de A. Blecua (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1972, núm. 447.

Alberto Blecua, editor de la obra de Rufo, ha explicado que en el chiste se “alude a la creencia, ya clásica, de que los delfines se enamoraban de las jóvenes que veían en la playa y llegaban incluso a salir a la arena en su busca, muriendo embarrados. De ahí la cancioncilla tradicional...”.

No conozco ningún texto del Siglo de Oro español referido a delfines que salgan de las aguas del mar para perseguir y morir por muchachas —más adelante sí hallaremos ese tipo de fábulas documentadas en otros tiempos y latitudes—, pero sí muchas fuentes que presentan delfines que salvan a seres humanos, por lo general niños, por los que en ocasiones llegan a sentir un afecto parecido al amor, y a veces hasta a morir por ellos. En la *Silva de varia lección* III:14 de Pedro Mexía podemos leer, por ejemplo, lo siguiente:

Pues de los peces delfines todos afirman que se enamoran de los hombres. Y Eliano, en el libro *De animalibus*, cuenta un cuento muy sabroso de un delfín que, en [un] lugar, puerto de mar, de ver algunas veces ciertos muchachos a la orilla del agua, se avia aficionado del más hermoso de los moços; y, cada vez que lo vía, se allegava y descubría cerca de donde él andava. Y al principio, espantado el muchacho, se desvió dél; pero después, perseverando el delfín aquel día y otros muchos en hazer señales de amor y halago, acercándose aquel moço más que otro ninguno, vino a tomar atrevimiento de se entrar nadando por el agua en compañía del delfín; y a veces se sentava encima dél y el delfín lo llevaba muy grande trecho a lo hondo, hasta que él hazia señal que lo bolviesse a tierra. En este juego y passatiempo gastó muchos días, que el delfín se venía siempre a presentar a la ribera. Hasta que acaesció que una vez, yendo el moço desnudo encima del delfín por la mar, con poco tiento y por se tener bien, el [moço] se hincó por el vientre una espina muy aguda del espinazo del delfín, y tal fue la herida, que murió allí en el agua. Y, viendo el delfín la sangre [y] sintiendo muerto el moço encima de sí, dio la buelta hazia tierra y, como castigándose de su delito, na-

dando con grande furor, dio consigo en seco fuera del agua <y>, trayendo lo mejor que pudo el moço que amava, muerto, murió él allí también.

Este mismo caso cuenta también Plinio en el libro nono de su *Hystoria natural*, donde pone otros exemplos de dol-fines que tomaron assí amor y amistad con hombres. Señaladamente cuenta, del tiempo de Octaviano César, de otro dolfín que, de la misma manera que el passado, tomó conocimiento con otro moço a la ribera de la mar, cerca de Puçol; y, cada vez que lo llamava a bozes, llamándolo por nombre Simón (porque a este nombre escriven algunos autores que acuden y responden los dol-fines), venía y juntábase a tierra; y aquel mancebo se ponía encima dél y lo llevaba nadando por la mar quanto él quería y lo bolvía seguro y salvo a tierra. Y dize después que, muriendo el mancebo de su enfermedad, y como el dolfín viniesse al lugar acostumbrado cada día y no le hallasse, estándole esperando allí muchos días, de tristeza y <de> pesar murió. Otras cosas maravillosas escriven otros auctores de los dol-fines, de su grande conocimiento y instinto natural; pero, para el propósito de nuestro capítulo, basta lo dicho⁶.

Décadas después de Pedro Mexía, Sebastián de Covarrubias repetía algunos de los tópicos anteriores:

Los navegantes los llaman simones, y a este nombre acuden, o sea por ser chatos de narizes, o porque aquel muchacho con quien jugava el delfín en el Golfo Baiano, dizen averse llamado Simón... Plinio... cuenta muchos exemplos, y entre otros el de un delfín, que en Puzol tomó afición a un muchacho que le echava pedaços de pan, y llamándole Simón acudía, y le llevaba sobre su espinazo, recogiendo las aletas por no herirle⁷.

⁶ PEDRO MEXÍA, *Silva de varia lección*, ed. de A. Castro, 2 vols., Madrid, Cátedra, 1990, pp. 95-97.

⁷ COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. de M. de Riquer, Barcelona, Horta, 1943, s.v. *delfín*.

Antes de pasar al comentario abreviado de las fuentes clásicas a las que remitían tanto Mexía como Covarrubias, conviene tener presente que, antes que ninguno de los dos, Lope García de Salazar, en su *Libro de las bienandanzas e fortunas*, escrito entre 1471 y 1476, había incluido ya una interesantísima narración acerca de los orígenes del ducado francés del Delfinado y de su nombre, que puso en relación con una historia parecida a las anteriores, aunque con un desenlace feliz:

En el reyno de Françia reynaba vn rey de quien non se di-ze su nonbre, tornandole voluntad de yr en el reyno de Ynguelaterra para la dañar e destroyr. E avia vn fijo mançebo e mucho noble cauallero e deuoto en su criador, cavn en aquel tiempo no eran christianos. E pesandole de aquel mal proposito quel rey su padre avia tomado, trabaxose en lo sacar dello, mostrandole como las cosas contra Dios eran de poco fruto quanto mas a los reyes que eran logar-tenientes en la tierra. E quando mas no pudo, fuese con el en su nao mesma en vno con grande flota que leuaban consigo. E entrados en la mar nabegando, somieronse algunas naos de fuerte tormenta. Entre las quales fue una dellas aquella en quel el rey e su fijo yban; e pereçidas todas, andando este fijo del rey medio afogado e quisiendose yr al suelo, puso-se vn toyno asaz grande entre las pier-nas; e como el lo sintio, apetrose en el como es estilo de los que pereçen en la mar o en rios de se apretar con lo que fallan e suele conteçer perderse el que sabe nadando trabandole el que no sabe e caerse anbos al suelo. E como las cosas que Dios quiere guardar son breuemente saluas, sacolo aquel toyno de la mar e pusole en la orilla de la tierra casi desacordado del trabaxo e de la agua sala-da que avia vebido. E salido en tierra e a cabo de ser tor-nado en su sano sentido e reynando en su reyno en Fran-çia e menbrandosele deste milagro quel Señor Dios avia fecho, por el trabaxose en lo serbir e ovedeçer en todas las cosas quel pudo en toda su vida; e menbrandosele del mi-raglo que Dios mostro por el con aquel toyno, que era pes-cado tan señalado e el mas allegado a la natura del ome

de todas las animalias brabas e mansas, no fuendo el puerco, e avn aquel no tanto en el amor, ca dizen los mareantes que cada vez que los topan en la mar siguen los nabios e peganseles mucho por oyrlos hablar e van sienpre a lo verde del nabio faziendo entre si bueltas a manera de solaz mostrando alegrias e a las vezes saltando ariba. E dio este rey por remenbrança deste toyno a vn su fijo mayor la tierra que estonçes se llamaba de los albrogos, que comarca con el ducado de Saboya, e llamolo dolfinzgo por el nonbre e remenbrança de aquel toyno a que los françeses llaman dolfín. E diole por armas con aquel dolfinado quatro toynos entre una [cruz]. E ordeno que todos reyes que reynasen despues del en Françia eredasen a sus primeros fijos mayores en aquel dolfinado e que se llamasen dolfines; e asi paso en grandes tienpos en Françia⁸.

Es indudable que todos estos autores —Mexía, Covarrubias, García de Salazar— bebieron o tuvieron en cuenta, como la mayoría de ellos mismos declara, la literatura grecolatina que, de forma intensa y recurrente, glosó e ilustró la viejísima creencia de que los delfines son animales protectores y guardianes, y a veces hasta profundamente amantes, de los seres humanos.

Debemos a Gian Luigi Beccaria una concentrada revisión de tales fuentes⁹ y una exhaustiva prospección del simbolismo cultural del delfín en la literatura clásica de Occidente. El investigador italiano ha señalado, en efecto, que la identificación de este animal con el ser humano ha ido a veces tan lejos que algunos autores, como Aristóteles en su *Historia de los animales* IV:9 y Brunetto Lati-

⁸ Sigo la edición de HARVEY L. SHARRER, "The Tale of the Helpful Dolphin in Lope García de Salazar's *Libro de las bienandanzas e fortunas*", en J. R. Jones (ed.), *Medieval, Renaissance and Folklore Studies in Honor of John Esten Keller*, Newark, Juan de la Cuesta, 1980, pp. 205-213, pp. 205-207, basada en el llamado *Codex de Cristóbal de Mieres* (1492) de la obra de García de Salazar que se conserva en la Real Academia de la Historia, Ms. 9-10-2/2100, fs. 172d-173a.

⁹ *I nomi del mondo: santi, demoni, folletti e le parole per-dute*, Turín, Einaudi, 1995, pp. 69-70.

ni, en su *Tesoro* I, 133:3, han asegurado que sus gritos se asemejan a los de los llantos de los hombres. El mismo Aristóteles IX:78, así como Claudio Eliano, en su *Historia de los animales* I:17, defendieron que los delfines sienten un extraordinario amor hacia sus hijos, a los que prestan grandes cuidados, y que incluso entierran a sus difuntos en el fondo del mar. Manifestaciones, en todo caso, de querencia hacia los demás, que refuerzan la imagen de este animal como fuente potente e indiscriminada de solidaridad y de amor.

Historias de delfines que auxilian en el mar a seres humanos, y que a veces se enamoran de ellos y hasta sacrifican su vida por sus amados, fueron registradas y glosadas por Heródoto, en su *Historia* I:23-24; por Plinio, en su *Historia natural* IX:7-10; por Eliano II:6-8 y VIII:3 y VII:5; por Alberto Magno en *Sobre los animales* V, VIII:2 y XXIV, s.v. *delphinus*; por Latini en su *Tesoro* I, 133:6-7; y por Solino, en su *Colección de cosas memorables* XII:7. Una de las fuentes menos tenidas en cuenta por la mayoría de los comentaristas es, sin embargo, de las más explícitas sobre las inclinaciones eróticas del delfín: se trata de Aulo Gelio, que en sus *Noches áticas* I:342 aseguraba que los "delphines venereos esse et amasios", es decir, que "los delfines son venéreos y enamorados". Muchos de estos autores se copiaron o se parafrasearon entre sí, y bastantes de sus informaciones se repiten de manera bastante parecida, pero también es cierto que, a través de sus resquicios, se cuelan muchas veces detalles originales y ecos de saberes y de creencias del pueblo común, y que el conjunto de todas estas fuentes ofrece un panorama sólido y compacto de lo que debió ser un tópico cultural profundamente arraigado en el sistema de creencias, y no sólo en el paradigma literario, de una cadena muy dilatada de siglos¹⁰.

¹⁰ Sobre la antigüedad y el arraigo multicultural de las leyendas y creencias en torno al delfín, pueden verse además EUNICE BURR

Se ha hecho eco también Beccaria de que la tradición cristiana supo aprovechar las cualidades que se atribuían tradicionalmente al delfín para “contrahacerlo a lo divino” y para erigirlo en uno de los animales típicamente protectores de diversos santos de la Edad Media. Historias y hagiografías hablaban, en efecto, de diversos delfines que salvaron del martirio a San Marciano, a San Basilio el Joven y a San Calistrato, y defendían que uno de ellos había llevado hasta tierra, para que recibiese allí cristiana sepultura, el cadáver de San Luciano de Antioquía. Por otro lado, diversas creencias y tradiciones populares italianas traídas a colación por el mismo investigador ponen énfasis sobre la relación del mundo de los delfines con el de los humanos, e ilustran incluso la creencia en la metempsicosis o trasvase de almas entre delfines y personas, una modalidad de metamorfosis cuya difusión multicultural —en Brasil, Indonesia, Malasia— podremos confirmar páginas más adelante¹¹.

STEBBINS, *The dolphin in the literature and art of Greece and Rome*, Menasha, Wisconsin, The George Banta Publishing Company, 1929; MELITTA RABINOVITCH, *Der Delphin in Sage und Mythos der Griechen*, Dornach-Basel, Hybernia, 1947; ANTHONY ALPERS, *Dolphins: The Myth and the Mammal*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1961; KATHERINE ALLFREY, *Delphinensommer: eine Insel-Legende*, Berlín, C. Dressler, 1963; ELEANORE DEVINE y MARTHA CLARK, *The dolphin smile: twenty-nine centuries of dolphin lore*, Nueva York, Macmillan, 1967; KATHLEEN M. SWAIM, “Lycidas and dolphins: Nage ideas regarding animal transformation”, *Journal of English and Germanic Philology*, 72 (1973), pp. 340-349; G. BRENNER y G. PILLERI, “The Dolphin in Ancient Art and Literature”, *Investigations on Cetacea*, 8 (1978), pp. 295-303; G. PILLERI, “The Chinese River Dolphin (*Lipotes vexillifer*) in Poetry, Literature, and Legend”, *Investigations on Cetacea*, 10 (1979), pp. 335-349; G. PILLERI, “Indian River Dolphin in the Moral Edicts of King Asoka and Ancient Indian Literature”, *Investigations on Cetacea*, 10 (1979), pp. 351-356; R. HARRISON y M. M. BRVUDEN (eds.), *Balene e delfini*, Milán, Rizzoli, 1989; y STEVEN JACKSON, “Myrsilus of Methymna and the Tales of the Dolphins”, *Liverpool Classical Monthly*, 18:6 (1993), pp. 82-85.

¹¹ Traduzco de BECCARIA, *I nomi del mondo*, pp. 69-70: “Aparece con frecuencia en la decoración de los sarcófagos, en especial sobre las cubiertas, no solo como motivo de gran efecto ornamental, sino

Es significativo apreciar que las cualidades de animal benévolo, protector y auxiliador de los hombres, que atribuyen todas estas fuentes al delfín, adquieren sólo en ocasiones matices indiscutiblemente eróticos. Los sentimientos y actitudes amorosos con los que se suele presentar a los delfines se pueden proyectar también hacia sus mayores y hacia sus hijos, o hacia cualquier tipo de náufrago zarandeado por las olas, y sólo una rama específica de estos relatos muestra el afán protector del animal convertido en irresistible pasión erótica.

Antes de pasar al comentario de las capacidades específicamente amorosas que se atribuyen a los delfines, merece la pena detenerse brevemente en sus actitudes solidarias y protectoras en general. La tradición de delfines "salvadores" de hombres, sobre todo en momentos críticos de naufragios y de catástrofes en el mar, ha seguido muy viva hasta hoy. En la tradición chilena, por ejemplo, suele contarse lo siguiente sobre una especie de delfín que recibe allí el nombre de *chanchillo*:

Es un pez de metro y medio de largo por 0,70 de diámetro en su parte más gruesa, gran amigo de los pescadores. Si un pescador cae al agua, por tempestad o por cualquier otro motivo, si hay cerca un chanchillo, toma al hombre sobre su lomo y lo va a dejar a la playa, en un lugar en que esté libre de todo peligro.

porque se trata de animales que tienen una relación con el más allá. Un animal temido y al mismo tiempo un animal amigo, presentado en las enciclopedias medievales de historia natural como un hermano del hombre, que tiene costumbres humanas. También temido, porque en muchos lugares del Mediterráneo estaba viva, entre los pescadores, hasta hace algún tiempo, el tabú de lanzar imprecaciones contra el delfín cuando había dificultades con la pesca. En Calabria y en Sicilia se guardaban de lanzar invectivas contra la *fiera*, y no se lanzan imprecaciones contra el *fierón* atrapado en las redes, porque si era ofendido, las redes quedarían dañadas. Los pescadores de Cefalú pensaban que los delfines rompían las redes de quien pescaba en día de fiesta. Según algunas creencias, (documentadas entre los pescadores del golfo de Catania) se trataría de almas de

El pescador siente verdadero cariño por el chanchillo, y si uno de éstos es cogido en las redes y muere antes de que el pescador pueda librarlo, el hecho produce verdadera consternación¹².

El cine ha tratado en muchas ocasiones el tema de la relación entre los niños y los delfines. Por ejemplo, en una película norteamericana dirigida por Alan Shapiro e interpretada por Elijah Wood, Paul Hogan, Chelsea Field, Isaac Hayes y Jonathan Banks, que tiene por título el nombre del delfín *Flipper*, y que es continuación de *Mi amigo Flipper* (1963) de James B. Clark, de *Flipper y los piratas* (1964) de Leon Benson, y de una famosa serie de televisión. Otras adaptaciones del mismo tópico han estado protagonizadas por otros cetáceos, especialmente por orcas. Y se han contado, igualmente, historias similares protagonizadas no por delfines, ni siquiera por orcas, sino por simples focas¹³.

En fecha tan reciente como el año 1999, el rescate del niño cubano Elián González, único superviviente de una balsa que se hundió en el mar, entre Cuba y Miami, accidente en el cual murió también su madre, se vio rodeado de tintes de leyenda en que no faltó el ingrediente de los delfines que supuestamente le habrían mantenido a flote entre las olas:

marinos condenadas al mar por los pecados cometidos en vida. Entre los pescadores de Palmi y de Bagnara ha estado viva hasta hace algunos decenios la creencia de que el delfín se encarnaba en las almas de los pescadores muertos en el mar. En Liguria (Monterosso) los viejos pescadores no permitían que nadie nombre al delfín a bordo”.

¹² ORESTE PLATH, *Geografía del mito y la leyenda chilenos*, Santiago, Nascimento, 1973, p. 59.

¹³ Muy sugestiva resulta, por ejemplo, la noticia reseñada en el artículo “Focas salvadoras”, publicado en *El País*, el miércoles 3 de febrero de 1999, p. 43, en que se atribuye a focas hazañas que normalmente se asocian a los delfines: “Charlene Camburn fue, el domingo por la tarde, a un banco de arena cercano a la ciudad inglesa de Cleethorpes, en aguas del mar del Norte, con su novio y su

La facción más radical del exilio cubano en EEUU está alimentando la creación de una leyenda en torno a la figura de Elián González. Para los anticastristas de Miami, Elián no es un niño, es *El milagro*.

Al relatar la odisea de Elián se alteran sensiblemente los elementos de la realidad para espiritualizarla; Elián no fue rescatado por casualidad después de dos días a la deriva en el mar: *un grupo de delfines le guió hacia las costas de Florida mientras un escuadrón de ángeles mantenía alejados a los tiburones*. Razón de más —dicen quienes extienden esta historia— para aceptar que son razones divinas y no humanas las que exigen la permanencia de Elián en EEUU. En uno de los periódicos cubanos que circulan en Miami se afirma con devoción que Elián es el nuevo Mesías y se relata su historia con el siguiente paralelismo: “Moisés vivió para sacar a su gente de la esclavitud en Egipto y conducirla a la tierra prometida de Israel, un éxodo que duró 40 años”, escribe José Mármol, y aclara: “Más o menos, lo mismo que dura nuestro exilio de Cuba”.

El hombre que rescató a Elián del mar también esparce historias sobre las propiedades bíblicas de este caso. Asegura que fue Dios el que puso su barco junto a Elián y que con ello se cumplió una profecía que le hicieron hace años en una iglesia¹⁴.

hijo de seis años para ver de cerca a las focas que allí se encuentran, pero de repente subió la marea y cayó una espesa niebla, por lo que quedaron aislados. Cuando vieron que sus gritos de auxilio no eran escuchados decidieron que la mejor solución era que Charlene, la mejor nadadora, alcanzase la orilla y pidiese ayuda. Sin embargo, a medio camino, la corriente la empujó mar adentro, momento en el que, según su propio relato, un grupo de unas seis focas la rodeó e impidió que se alejase de la costa. Según publicaba ayer *The Daily Telegraph*, estuvo durante una hora manteniéndose a flote hasta que fue avistada por una embarcación, que alertó a los servicios de urgencia. ‘No tengo la más ligera duda de que las focas me ayudaron a salvarme’, aseguró Charlene tras salir del hospital donde fue curada de hipotermia: ‘eran alrededor de media docena, grandes y ruidosas’, y podía tocarlas con la mano”.

¹⁴ JAVIER DEL PINO, “El milagro”, *El País*, 23 de enero de 2000, p. 5. Sobre la asociación de niños y de delfines puede ser interesante conocer también una versión piamontesa de la balada italiana de *La pérdida*

No conviene olvidar, en este punto, que los delfines están siendo ampliamente utilizados, por la medicina y por la pedagogía modernas, como utilísimos auxiliares en el tratamiento de personas —especialmente de niños— que sufren enfermedades psíquicas como el autismo. La relación y el juego con ellos suele, en efecto, obrar efectos terapéuticos notablemente beneficiosos sobre quienes sufren este tipo de enfermedades, lo que nos enfrenta a un fenómeno que acerca sorprendentemente lo que sucede en la realidad a las leyendas, casi inmemoriales, sobre la amistad de delfines y de niños¹⁵.

El traslado a un lugar y a un tiempo tan alejados de la mayoría de los que hemos tenido en cuenta hasta ahora como es el del Brasil contemporáneo va a permitirnos volver a centrar nuestra atención sobre los atributos específicamente amorosos que, como hemos visto, se han asociado también, desde la antigüedad, al delfín. En ese ámbito existen, en efecto, innumerables leyendas que se atribuyen a diversas especies de delfines fluviales. Según el gran folclorista Luís da Câmara Cascudo, al conocido como *boto* se le atribuían continuas relaciones eróticas con mujeres humanas, mientras que el conoci-

de la mujer infiel que —en traducción de Agustín García Calvo— nos muestra cómo una bella mujer abandona a su marido y a sus hijos cuando la pretende el hijo del rey. Un día, en una visión llena de remordimiento, cree ver a sus hijos a lomos del cetáceo: "...Un día, la lleva a pasear / por la ribera de la mar. / Estando a orillas del mar / sintió llamar "Mamá, mamá". / "Mis niños por el mar allí: / se los va llevando un delfín", / y antes que pueda nadie acudir, / al mar se arroja del cantil. / El hijo del Rey buscar mandó / con linternas y con farol; / a los tres días y noches tres, / la sacó del hondo la red: / los blancos pechos ya / mordidos de peces están". Véase AGUSTÍN GARCÍA CALVO, *Ramo de romances y baladas*, Zamora, Lucina, 1991, pp. 139-141.

¹⁵ Véase, por ejemplo, B. SMITH, "Using dolphins to elicit communication from the autistic child", en R. K. Anderson, B. L. Hart y L. A. Hart (eds.), *The Pet Connection: Its Influence on our Health and Quality of Life*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1984, pp. 154-161; D. NATHANSON, "Using bottlesone dolphins to increase cog-

do como *tucuxi* era considerado, ante todo, como un protector generoso de cualquier ser humano que tuviese dificultades en el agua:

El boto posee esa tradición clásica en asuntos amorosos. Aulo Gélio recuerda esa fama (*Noches áticas* I, 342): "Delphines venereos esse et amasios": los delfines son venéreos y enamorados. Gelio, Teofrasto, Plinio el Joven, Apiano, cuentan las aventuras y predilecciones, sus amores y dedicaciones, la muerte de nostalgia, cuando fallecía un niño por el que alguno se aficionaba. Esas características casi humanas le hacían merecer honras excepcionales. Otra especie delfínica, el boto *tucuxi* (*Steno tucuxi*) "tiene la virtud, dice la creencia regional, de amparar al náufrago, empujándolo hacia la tierra"¹⁶.

Conviene señalar que el de *boto* es, en concreto, el nombre que recibe un

cetáceo fluvial, de la especie de los delfines, que abunda en diversos ríos de Brasil, especialmente en los de la cuenca del Amazonas y sus afluentes.

Recibe también los nombres de "delfín del Amazonas" ("golfinho do Amazonas"), "boto colorado", "boto blanco", "piraia-guará", "pira-iaudara" y "pez cachorro".

Leyendas muy arraigadas en diversas regiones de Brasil, especialmente en la de Pará, y en general en todo el área amazónica, se refieren al *boto* o delfín fluvial como un ser a mitad de camino entre el mundo animal y el humano, estatus que coincide con numerosas leyendas de la anti-

nition of mentally retarded children", en P. F. Lovibond y P. H. Wilson, (eds.), *Clinical and Abnormal Psychology*, Amsterdam, North Holland, 1989, pp. 233-242; y V. SERVAIS, "Enquête sur le *pouvoir thérapeutique* des dauphins. Ethnographie d'une recherche", *Gradhiva*, 25 *Observer l'animal* (1999).

¹⁶ Traduzco de CÂMARA CASCUDO, *Dicionário do folclore brasileiro*, 5ª ed., revista e aumentada, São Paulo, Melhoramentos, 1979, s.v. *boto*, pp. 140-143, p. 141.

güedad clásica y con creencias difundidas en tradiciones credenciales y folclóricas de todo el mundo, que atribuyen al delfín rasgos y cualidades propias de los hombres.

En el Brasil amazónico está especialmente extendida la creencia de que el boto es capaz de seducir a las muchachas jóvenes que acuden a las orillas de los ríos, que suele dejarlas embarazadas, y que él es el verdadero padre de todos los niños de paternidad desconocida que nacen en la región. De hecho, en la región de Pará, se suele denominar "hijos de boto" a los niños que nacen de madres solteras, y se ha dado el caso de que muchas madres solteras han intentado inscribir a sus hijos, en los registros administrativos, como "hijos de boto".

Son innumerables los relatos orales sobre los botos que cuentan que, al anochecer, éstos suelen transformarse en muchachos de piel blanca, fuertes, altos y bien parecidos, con grandes dotes para el baile y afición por la bebida y por la comida, que se exhiben en los bailes y en las reuniones festivas a las que suelen acudir para seducir a sus víctimas.

[...] La figura mítica del boto tiene estrecha relación con la de otros dos seres legendarios bien conocidos en la tradición brasileña, especialmente en la de la cuenca amazónica: la de la Inia o seductora de muchachos, y la de la "Mãe-d'agua" o Madre del Agua o seductora de hombres, figuras en las que se aprecian también la influencia de muchos mitos europeos, especialmente el de las sirenas.

Muchos indicios avalan la teoría de que las actuales creencias de diversos grupos indios amazónicos sobre los botos son el resultado de sus contactos con los colonos. En cualquier caso, algunos pueblos indígenas han desarrollado una rica e interesante mitología en relación con los botos, al que, en algunos sitios se le llama Uaiará, y al que se le atribuyen multitud de hijos naturales de las mujeres indígenas¹⁷.

Sobre las capacidades eróticas de este animal ha llegado a aventurar Cámara Cascudo una sugestiva hipótesis,

¹⁷ JOSÉ MANUEL PEDROSA, "Boto", en *Enciclopedia Universal Multimedia*, Madrid, Micronet, diversas ediciones, s.v. *boto*.

que apoya sobre textos clásicos, como el de su aparición como acompañante de la diosa del amor al final del poema *Os Lusíadas* del portugués Luis de Camoens:

El delfín se consagraba a Afrodita, porque los movimientos del animal, muy parecidos a los de un navío, que, al impulso de las ondas, se eleva y descende, tiene semejanza notable con los que acompañan al acto sexual¹⁸.

Pero quien con mayor profundidad ha estudiado las creencias y las leyendas en torno a las relaciones amorosas de los delfines amazónicos y de las mujeres que pueblan sus estribaciones ha sido Candace Slater, en un hermosísimo libro que recoge y analiza con gran detalle el fenómeno. Todo el libro es, en realidad, una especie de gran encuesta acerca del modo en que se cree que tales animales se metamorfosean en seres humanos para seducir a las mujeres. Sin embargo, en algún momento, también se detalla cómo es, a veces, el animal el que se enamora:

Pueden enamorarse. “Se apaixona”, “se enamora”, “fica gostando daquela pessoa”, explican a menudo los narradores... “Cuando el delfín se enamora, ama con todo su corazón”.

Como sugiere este último comentario, el amor del delfín es total, incluso obsesivo. Y aunque algunos narradores llaman la atención sobre las consecuencias negativas para el ser amado del afecto del *encantado* (“el delfín es muy celoso; si no puede conseguir el amor de una persona, la mata”, explica un hombre), otros sugieren que los propios delfines son prisioneros de su pasión. “Ellos no pueden ayudarse a sí mismos; es propio de su naturaleza actuar como lo hacen”, dicen a menudo. “El *encantado* no tiene malicia; lo que le pasa es que se apasiona”... “Comienza sintiéndose

¹⁸ Traduzco de CÁMARA CASCUDO, *Dicionário do folclore brasileiro*, p. 142.

atraído por la persona, y hace todo lo que puede en su favor. Es verdad que la persona que pierde a su hija lo siente mucho, pero el *encantado* no mata a la hija, sino que la lleva con él al lugar del encantamiento donde nadie muere”.

“El *encantado* coge cariño hacia una persona y hace todo lo posible para no perderla... A veces, la persona siente tanto temor que se vuelve loca. Pero no es porque el *encantado* quiera matar a esa persona; él hace lo que hace porque la ama”.

Si el ser amado, o más bien su familia, sufren, el delfín sufre también. “Ellos se enamoran y no pueden vivir sin esa persona...”.

“Los delfines... son muy sabios, tienen riquezas, pero están tristes y solos. Por eso intentan llevarse a gente en su compañía, y no son felices hasta que lo consiguen”¹⁹.

Damos aquí por finalizado nuestro examen de una creencia tan vieja y tan resistente como extendida por áreas geográficas y culturales de enorme amplitud y variedad. La cancioncilla, tan celebrada en el Siglo de Oro español, de “Si los delfines mueren de amores...”, cobra ahora, al ser contemplada dentro de un marco literario y cultural tan extenso y tan complejo, nuevo sentido y nuevos matices, que pueden, a su vez, ayudarnos a entender el cancionero hispánico como un corpus literario en el que han quedado grabadas algunas de las claves más perdurables de nuestra cultura, y como un eslabón indis-

¹⁹ Traduzco de CANDACE SLATER, *Dance of the Dolphin. Transformation and Disenchantment in the Amazonian Imagination*, Chicago, University Press, 1994, pp. 162-163. Véase, además, todo el capítulo titulado “The dolphin as lover”, en pp. 166-201. Sumamente interesante es comprobar el fenómeno de las metamorfosis delfín-hombre-delfín, de tanto arraigo en el Brasil amazónico, con el de áreas culturales tan alejadas como las de Indonesia y Malasia, en que son bien conocidas leyendas del mismo tipo. Véase al respecto G. FORTH, “On deer and dolphins: Nage ideas regarding animal transformation”, *Oceania*, 68 (1998), pp. 271-293.

pensable para la comprensión de nuestro patrimonio —y del patrimonio de “otros” pueblos— de creencias, de símbolos y de valores.

JOSÉ MANUEL PEDROSA

Universidad de Alcalá.